

# La jaula de los reptiles

**J. G. Ballard**

—ME RECUERDAN a los puercos gadarenos —dijo Mildred Pelham.

Dejando de mirar la playa atestada, bajo la terraza de la cafetería, Roger Pelham se volvió hacia Mildred.

—¿Por qué dices eso?

Mildred siguió leyendo un rato y luego dejó el libro.

—Bueno, ¿es cierto? —preguntó retóricamente—. Parecen cerdos.

Pelham sonrió débilmente ante este moderado pero característico despliegue de misantropía. Se examinó las rodillas blancas que le asomaban de los shorts, y luego miró los brazos y los hombros rollizos de Mildred.

—Creo que todos parecemos cerdos —declaró.

Sin embargo, había pocas probabilidades de que alguien hubiese escuchado la observación de Mildred y se sintiese ofendido. Estaban sentados en un rincón, de espalda a los cientos de consumidores de helados y coca-cola que se apiñaban en la terraza. Los comentarios continuos propalados por las radios de transistores apoyadas entre las botellas, y los sonidos lejanos de la feria de diversiones detrás de las dunas, cubrían el sordo alboroto.

Unos pocos metros por debajo de la terraza se extendía la playa, oculta por una masa de figuras recostadas que iba desde la orilla del agua hasta la carretera de atrás de la cafetería y se alejaba luego sobre las dunas. No se veía un solo grano de arena. Aún en la línea de la marea, donde el agua perezosa lavaba débilmente los restos de viejos paquetes de cigarrillos y otros desperdicios, había un tropel de niños pequeños que se pegaban al borde de la playa, ocultando la arena gris.

Mirando otra vez la playa, Pelham entendió que el juicio poco generoso de Mildred no era más que la verdad. Por todos lados sobresalían caderas y hombros desnudos y los miembros yacían en serpentinas espirales. A pesar de la luz del sol y del tiempo considerable que habían pasado en la playa, muchos tenían aún la piel blanca, o de un color rosa cocido, moviéndose intranquilos en los reducidos espacios, tratando inútilmente de sentirse cómodos.

En otro tiempo, este espectáculo de carnes expuestas y apretadas, y el desagradable aroma rancio del bronceador y el sudor —mirando la playa que se extendía hasta el cabo distante, Pelham podía casi ver el halo emponzoñado, sostenido en el aire por el murmullo de diez mil radios de transistores, reverberando como un enjambre de moscas— hubiesen lanzado a Pelham tierra adentro por la primera carretera a cien kilómetros por hora. Pero, de algún modo, la acostumbrada aversión personal de Pelham por el común de las gentes se había desvanecido.

Se sentía curiosamente estimulado viendo a tanta gente junta (le pareció que había por lo menos cincuenta mil personas todo a lo largo de los ocho kilómetros de playa) y no tenía ganas de abandonar la terraza, aunque ya eran las tres y media y ni él ni Mildred habían comido desde el desayuno. Si dejaban un momento las sillas del rincón no las recuperarían nunca más.

Los consumidores de helados de la playa Eco... musitó jugando con el vaso vacío que tenía delante. Había trozos de pulpa sintética de naranja pegados a los lados del vaso, y una mosca zumbaba desanimadamente en los bordes. El mar estaba liso y tranquilo (un opaco disco gris) pero a un kilómetro y medio había una niebla baja suspendida sobre el agua, como un vapor sobre una tina.

—Parece que tienes calor, Roger. ¿Por qué no nadas

un rato?

—Quizá vaya. Sabes, es curioso, pero de toda la gente que hay ahí, nadie está nadando.

Mildred asintió con un gesto de aburrimiento. Era una mujer corpulenta y pasiva, que parecía contentarse con estar sentada al sol y leer. Sin embargo, había sido Mildred quien había sugerido el viaje hasta la costa, y cuando tropezaron con el tránsito atascado y se vieron obligados a abandonar el coche completando a pie los tres kilómetros que faltaban, había omitido los rezongos de costumbre. Pelham no la había visto caminar así desde hacía diez años.

—Es un día raro —dijo Mildred—. No hace mucho calor.

—No estoy de acuerdo.

Pelham iba a seguir hablando cuando se puso de pie y miró la playa por encima de la baranda. En la mitad de la cuesta paralela al paseo, se movía lentamente una corriente continua de gente, siguiendo una fila informal, empujándose y adelantándose unos a otros, llevando en la mano botellas frescas de coca-cola, lociones y helados. —Roger, ¿qué pasa? —Nada... creí ver a Sherrington. Pelham escudriñó inútilmente la playa. —Siempre estás viendo a Sherrington. Es la cuarta vez esta tarde. No te preocupes más.—No me preocupo. No estoy seguro, pero tengo la impresión de que lo vi.

Pelham se sentó de mala gana, acercando la silla a la baranda otra fracción de centímetro. A pesar de un estado de ánimo apagado y de un vacío aburrimiento, había sentido todo el día un desasosiego indefinible pero claro. Asociado de algún modo con la presencia de Sherrington en la playa, este malestar había crecido continuamente. La probabilidad de que Sherrington —con quien compartía una oficina en el departamento de fisiología de la universidad— hubiese elegido realmente esta sección de playa era remota, y Pelham no sabía siquiera por qué estaba tan convencido de que Sherrington andaba allí cerca. Quizás esos reconocimientos ilusorios —mucho más improbables en vista de que Sherrington tenía barba negra, una cara severa y arrogante, piernas largas y caminaba encorvado— eran simples proyecciones de esta tensión subyacente y de su propia peculiar dependencia de Sherrington.

Sin embargo, aunque Mildred parecía inmune, la mayoría de la gente de la playa compartía también de alguna manera el estado de ánimo de Pelham. A medida que avanzaba el día, el alboroto iba cediendo y las charlas eran más esporádicas. A veces

el bullicio se apagaba del todo y el gentío, como una inmensa multitud que espera el postergado comienzo de un espectáculo público, se ponía de pie y se movía impaciente. Pelham, que observaba con atención toda la playa, veía claramente esas ondas de inquieta actividad en el brillo metálico de los miles de aparatos de radio que se movían en una ola fluctuante junto con las largas ondulaciones de la gente. Los sucesivos espasmos, repetidos a intervalos de aproximadamente media hora, parecían llevar a la multitud un poco más hacia el mar.

Debajo del borde de hormigón de la terraza, entre la masa de figuras recostadas, un vasto grupo familiar había instalado un coto privado. En un extremo, literalmente al alcance de Pelham, los miembros adolescentes de la familia habían escarbado su propio nido; los cuerpos angulares, de reducidos y húmedos trajes de baño, los brazos y las piernas extendidos, se entrelazaban entre sí, como un curioso animal anular. A pesar del ruido continuo de la playa y de la feria, Pelham alcanzaba a oír la charla vana de los jóvenes, que seguía el hilo de los comentarios radiales cada vez que cambiaban de estación.

—Van a lanzar otro satélite —le dijo a Mildred—. El Eco XXII.

—¿Para qué se molestan? —los ojos azules e inexpresivos de Mildred inspeccionaron la bruma lejana, suspendida sobre el agua—. Se me ocurre que ya hay más que suficientes...

—Bueno...

Pelham pensó un momento si valdría la pena aprovechar las escasas posibilidades de conversación de la respuesta de Mildred. Aunque casada con un catedrático de fisiología, el interés de Mildred por las cuestiones científicas se limitaba a poco más que a una condenación total de ese dominio. Toleraba penosamente el puesto de Pelham en la universidad, despreciando la oficina desordenada, los desaseados estudiantes y los insensatos aparatos del laboratorio. Pelham nunca había sabido exactamente qué profesión podía haber respetado Mildred. Antes del matrimonio Mildred mantuvo —como se comprendió más tarde— un silencio cortés a propósito del trabajo de Pelham; después de once años, esta actitud había cambiado apenas, aunque la necesidad de subsistir con un escaso sueldo la había obligado a interesarse en el juego sutil, complejo e infinitamente fatigoso de los ascensos.

Como era de esperar, la lengua acerba de Mildred no los había ayudado a ganar amigos, y por una curiosa paradoja Pelham sentía que el respeto rencoroso que le tenían a Mildred lo beneficiaba de alguna manera. A veces los ásperos comentarios de Mildred, en las reuniones sociales demasiado largas, emitidos siempre en voz alta durante algún intervalo de silencio (por ejemplo, había descrito a un anciano ocupante de la cátedra de Fisiología como "esa rareza gerontológica", a dos metros de la mujer del profesor), le encantaban a Pelham por su mordaz precisión, pero en general había algo de aterrador en aquella despiadada falta de simpatía por el resto de la raza humana. La cara grande y blanda de Mildred, con la boca de pimpollo fruncido, le recordaba ahora a Pelham la descripción de Mona Lisa como una mujer que acababa de devorarse al marido. Mildred, sin embargo, ni siquiera sonreía.

—La teoría de Sherrington sobre los satélites es interesante —dijo Pelham—. Tenía ganas de verlo para

que la explicara otra vez. Creo que te divertiría, Mildred. Sherrington trabaja ahora en la investigación de los Mil

—¿En qué? —habían subido el volumen de la radio detrás de ellos, y el comentario de la cuenta regresiva final de Cabo Kennedy bramó en el aire.

—MIL: mecanismos innatos de liberación. Ya te expliqué, son reflejos heredados...

Pelham calló, observando a Mildred impacientemente.

Mildred lo miraba ahora con los mismos ojos muertos con que había examinado al resto de la gente en la playa. Malhumorado, Pelham exclamó:

—1 Mildred, estaba hablando de la teoría de Sherrington!

Imperturbable, Mildred sacudió la cabeza.

—Roger, hay demasiado ruido; no te puedo escuchar. Y menos que nada las teorías de Sherrington.

Casi imperceptiblemente, otra ola de impaciente actividad recorría ahora la playa. La gente se sentaba y se sacudían unos a otros la arena de las espaldas quizá en respuesta al climax final de la cuenta al revés, transmitida por los comentaristas de Cabo Kennedy. Pelham observó cómo la luz del sol flameaba en el cromo de los aparatos de radio y en los diamantinos lentes de sol cuando toda la playa se agitaba y se ondulaba. El ruido había disminuido perceptiblemente, dejando oír la Wurlitzer de la feria de diversiones. Por todos lados se veía la misma excitación expectante. Pelham miró entornando los ojos y le pareció que la playa era un inmenso nido de bulliciosas culebras.

En algún lugar gritó la voz de una mujer. Pelham se inclinó hacia adelante, explorando las filas de caras enmascaradas por lentes oscuros. Había un borde filoso vuelto hacia el aire, una implicación desagradable y casi siniestra de violencia escondida bajo la tranquila superficie.

Gradualmente, sin embargo, la actividad se apaciguó. La vasta multitud se aflojó y se recostó de nuevo. El agua grasicnta lamía los pies de las gentes tendidas a orillas del mar. Empujado por la oleada de la costa, un aire débil se movió sobre la playa, arrastrando la fragancia dulce de la transpiración y las lociones. Apartando la cara, Pelham sintió que un espasmo de náusea le contraía el esófago. Sin duda, reflexionó, el homo sapiens en masa era un espectáculo más desagradable que el de cualquier otra especie animal.

Un corral de caballos o de bueyes daba una impresión

de elegancia potente y vigorosa, pero esta masa articulada de carne albina desparramada sobre la arena re-cordabn la morbosa fantasía anatómica de un pintor surrealista. ¿Por qué se había reunido allí toda esa gente? Los boletines meteorológicos de la mañana no habían sido especialmente favorables. La mayoría de las noticias hablaban del lanzamiento inminente del satélite, la última etapa de la red mundial de comunicaciones que ahora proporcionaría a cada metro cuadrado del globo un contacto visual directo con la línea de satélites en órbita. Qui/á el sellado definitivo de este

ineludible dosel aéreo los había impulsado a todos a buscar la playa más cercana en un acto simbólico de autoexposición como un último gesto de entrega.

Intranquilo, Pelham cambió de postura en la silla, notando de pronto que el borde de metal de la mesa le estaba lastimando los codos. La silla de lata era dolorosamente incómoda, y sentía como si tuviese el cuerpo claveteado y amarrado por brazos de hierro. Tuvo otra vez el curioso presentimiento de un espantoso acto de violencia, y miró al cielo, casi esperando que saliese un avión de la bruma distante y se desintegrara en la playa atestada.

Le observó a Mildred:

—Es notable qué populares pueden llegar a ser los baños de sol. Eran un verdadero problema social en Australia, antes de la segunda guerra mundial.

Mildred levantó la vista del libro, pestañeando.

—Probablemente no tenían otra cosa que hacer.

—Ahí está el problema. Mientras la gente esté dispuesta a pasar el tiempo tendida en la playa hay poca esperanza de que invente otros pasatiempos. Tomar baños de sol es antisocial, pues es una práctica totalmente pasiva —bajó la voz al notar que la gente sentada a su alrededor lo estaba mirando por encima del hombro, atentos a su dicción precisa y elevada—. Por otro lado, une a la gente. Desnudas, o casi desnudas, la vendedora de tienda y la duquesa son virtual-mente iguales.

—¿Lo ÍGW?

Pelham se encogió de hombros.

—Tú me entiendes. Pero creo que el sentido psicológico de la playa es mucho más interesante. La línea de la marea es un área particularmente significativa, una zona de penumbra que pertenece al mar y al mismo tiempo está fuera, sumida a medias en el inmenso útero del tiempo. Si aceptas el mar como una imagen del inconsciente, entonces este impulso de ir a la playa es quizá un esfuerzo por eludir la existencia común y regresar al mar-tiempo universal...

—¡Roger, por favor! —aburrida, Mildred apartó la vista—. Hablas como Charles Sherrington.

Pelham se volvió de nuevo hacia el mar. Allá abajo, un comentarista de radio anunció la posición y la velocidad del satélite, y su trayectoria alrededor del globo. Ociosamente, Pelham calculó que tardaría unos quince minutos en pasar por encima de ellos, casi exactamente a las tres y media. Por supuesto que sería visible desde la playa, aunque los últimos trabajos de Sherrington sobre la radiación infrarroja sugerían que hay una percepción subliminal de parte de la luz infrarroja solar.

Reflexionando en las oportunidades que esto podría ofrecerle a un demagogo comercial o político, Pelham escuchaba la radio de la arena allá abajo, cuando un brazo largo y blanco se estiró y la apagó. La dueña del brazo, una muchacha regordeta de piel blanca, con cara de apacible madona, enmarcadas las mejillas en rizos de pelo negro,

giró hasta quedar con la espalda sobre la arena, desembarazándose de sus compañeros, y durante un momento ella y Pelham se miraron a los ojos. Pelham supuso que ella había apagado la radio deliberadamente para evitar que él, Pelham, oyese las noticias, y de pronto entendió que en efecto la muchacha había estado escuchando y esperaba que reanudase su monólogo.

Halagado, Pelham estudió la cara seria y redonda de la muchacha, y aquella figura madura pero infantil, tendida casi tan cerca, y casi tan desnuda, como si estuvieran compartiendo una cama. La expresión franca, adolescente pero curiosamente tolerante cambió apenas y Pelham apartó la vista negándose a aceptar las implicaciones de esa mirada, comprendiendo con una punzada de dolor el profundo alcance de su sometimiento a Mildred, que lo separaba del todo y para siempre de cualquier experiencia nueva o real en la vida. Las precauciones y los compromisos aceptados diariamente durante diez años para hacer más llevadera la existencia habían ido entorpeciendo progresivamente los sentidos, y lo que quedaba de la personalidad original, con todas sus posibilidades, se conservaba ahora como un espécimen en un frasco. En otro tiempo se hubiese despreciado a sí mismo por aceptar esta situación tan pasivamente, pero ahora estaba más allá de cualquier autoapreciación verdadera, pues no tenía un criterio justo para determinar su propio valor en este estado, mucho más abyecto que el del rebaño vulgar y estúpido de la playa.

—Hay algo en el agua —Mildred señaló hacia la orilla—. Allá.

Pelham siguió la dirección del brazo. A doscientos metros, junto a la orilla, se había reunido una pequeña multitud. Las olas perezosas rompían a los pies de la gente, mientras observaban algo que ocurría en el agua poco profunda. Muchos de ellos habían alzado los diarios para protegerse las cabezas del sol, y las mujeres más viejas del grupo apretaban las rodillas sosteniendo las faldas.

—No veo nada —Pelham se frotó la barbilla, distraído por un hombre barbudo que estaba en el paseo, sobre la terraza. No era Sherrington, pero se le parecía extraordinariamente—. Parece que no hay peligro, de todos modos. El mar debe de haber arrojado algún pez raro a la orilla.

En la terraza, y más abajo en la playa, todos esperaban que sucediese algo, estirando los cuellos. A medida que bajaban el volumen de las radios, para que se oyese todos los sonidos distantes, una ola de silencio pasó sobre la playa como una inmensa nube sombría que ocultara la luz del sol. La ausencia casi total de ruidos y movimiento, después de las largas horas de bullicio, parecía extraña y misteriosa, y sobre los miles de figuras vigilantes había ahora una intensa y concentrada atmósfera de autoconciencia. El grupo de la orilla del agua se quedó donde estaba; hasta los niños más pequeños miraban apaciblemente aquello que atraía la atención de los padres. Por primera vez se veía una porción estrecha de la playa, y había una confusión de radios y equipo de playa enterrados a medias en la arena como desechos metálicos. Poco a poco, la gente que bajaba empujando desde el paseo ocupó los lugares vacíos, maniobra llevada a cabo sin ninguna reacción por parte del grupo de la orilla. Pelham se los imaginó como una familia de compungidos peregrinos que había viajado mucho tiempo y esperaba ahora pacientemente a orillas de las aguas sagradas el momento de recibir la gracia vivificante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pelham. Desde hacía un rato no había indicios de movimiento en el grupo del borde del agua. Advirtió que la gente se había ordenado en una línea recta a lo largo de la orilla—. No miran nada.

La bruma estaba ahora a sólo quinientos metros de la costa, y oscurecía los contornos de las olas enormes. Completamente opaca, el agua parecía aceite caliente, y de vez en cuando algunas olí tas se disolvían en burbujas grasicntas expirando blandamente en la arena, entre desperdicios y paquetes vacíos de cigarrillos. El mar palpaba la costa como una enorme bestia pelágica que luego de despertar de las profundidades tanteaba ahora la arena.

—Mildred, voy a bajar al agua un momento —Pelham se puso de pie—. Hay algo curioso... —se interrumpió, señalando la playa al otro lado de la terraza—. ¡Miral Allá hay otro grupo. ¿Qué diablos...?

De nuevo, mientras todos miraban, este segundo cuerpo de espectadores se ordenó en la orilla del mar, unas doscientas personas a lo largo de la playa, mirando todas silenciosamente hacia el agua. Pelham se retorció las manos, y se tomó de la baranda sintiendo el impulso de bajar a la arena. Sólo lo contenía el apiñamiento.

Esta vez el interés del gentío pasó en unos pocos instantes, y se reanudó el murmullo de ruidos de fondo.

—Sabe Dios qué están haciendo —Mildred volvió la espalda—. Allá hay más. Deben de estar esperando algo.

Efectivamente, media docena de grupos similares se estaban formando ahora a la orilla del agua, a intervalos casi precisos de cien metros. Pelham escudriñó los extremos lejanos de la bahía en busca de señales de una lancha automóvil. Le echó un vistazo al reloj. Eran casi las tres y media.

—No pueden estar esperando nada —dijo, tratando de dominarse. Los pies se le crisparon debajo de la mesa impacientemente, como si quisieran aferrarse al cemento arenoso—. Lo único que se espera es el satélite, y de todos modos nadie lo verá. Tiene que haber algo en el agua —la mención del satélite le recordó de nuevo a Sherrington—. Mildred, ¿no sientes... ?

Antes que terminara la frase, el hombre que estaba detrás se puso de pie con una curiosa sacudida, como esperando llegar hasta la baranda, y volteó el borde afilado de la silla contra la espalda de Pelham. Durante un instante, mientras forcejeaba para sostener al hombre, Pelham se vio envuelto en un olor rancio a sudor y cerveza. Vio el lustre vidriado en los ojos del otro, el mentón áspero y sin afeitar, la boca abierta como un hocico, apuntando con una especie de apetito impulsivo hacia el océano.

—¡El satélite!

Desembarazándose del hombre, Pelham estiró el cuello hacia el cielo. En el azul pálido no había ni aviones ni pájaros... aunque esa mañana habían visto gaviotas a treinta kilómetros tierra adentro, como si estuviesen anticipando una tormenta. Cuando el resplandor le hirió los ojos, unos puntos de luz retinal empezaron a girar en el cielo en órbitas epilépticas. Uno de esos puntos, no obstante, asomando aparentemente en el horizonte occidental, se movía por el borde del campo de visión de Pelham trepando oscuramente hacia él.

Alrededor, la gente empezó a incorporarse y las sillas cayeron y se arrastraron por el suelo. En una mesa se volcaron las botellas, algunas haciéndose trizas contra el hormigón.

—iMildred!

Debajo, en una vasta y desordenada confusión que se extendía hasta donde alcanzaban los ojos, la gente se levantaba lentamente. El murmullo difuso de la playa había cedido ante un sonido más urgente y áspero que resonaba desde ambos lados de la bahía. Parecía que toda la playa se agitaba retorciéndose; las únicas figuras inmóviles eran las que estaban al borde del agua, y formaban ahora una estacada ininterrumpida, ocultando el mar. Otros se les acercaban también, y en algunos sitios la hilera tenía casi diez hombres de espesor.

Todos los de la terraza estaban ahora de pie. Los que llegaban del paseo empujaban a la multitud de la playa, y la tertulia instalada a los pies de la mesa de los Pelham había sido arrastrada otros veinte metros hacia el mar.

—Mildred, ¿ves a Sherrington en alguna parte? —Pelham miró el reloj pulsera de Mildred y vio que eran exactamente las tres y media; tomó a su mujer del hombro, tratando de llamarle la atención. Mildred le devolvió lo que era casi una mirada vacía, una expresión opaca—. ¡Mildred! ¡Tenemos que escapar de aquí! —gritó Pelham roncamente—. Sherrington cree que podemos ver una parte de la luz infrarroja reflejada por los satélites. Todos juntos pueden despertar los mecanismos de liberación que nacieron hace millones de años, cuando otros vehículos del espacio circundaban la tierra. ¡Mildred...!

Mildred y Pelham tuvieron que dejar las sillas y fueron apretados contra la baranda. Un inmenso gentío bajaba por la playa, y la costanera de ocho kilómetros de largo estuvo pronto atestada de figuras en pie. Nadie hablaba, y todos tenían la misma expresión concentrada y absorta, como la que se ve en las caras de una multitud a la salida de un estadio. Detrás, la enorme rueda de la feria giraba lentamente, pero las góndolas estaban vacías, y Pelham se volvió para mirar la feria de diversiones abandonada a sólo cien metros del gentío de la playa; los tiouvivos giraban entre las barracas desiertas.

Rápidamente, ayudó a Mildred a subir al borde de la baranda y luego saltaron a la arena, esperando poder abrirse paso otra vez hasta el paseo. Llegaron a la esquina de la cafetería, y al volver, la multitud que bajaba por la playa los hizo retroceder a los empellones sobre las radios abandonadas en la arena.

La presión cesó y recuperaron el equilibrio, juntos todavía. Pelham afirmó los pies en la arena.

—... Sherrington cree que el hombre de Cró Magnon enloqueció de miedo, como los puercos gadarenos: la mayoría de los huesos han sido encontrados debajo de los lechos de los lagos. El reflejo debe de ser demasiado fuerte...

Se interrumpió.

El ruido se había apaciguado de pronto, y la inmensa congregación que ahora llenaba cada metro cuadrado de playa miraba silenciosamente al agua. Pelham se volvió hacia el mar, donde la niebla, a sólo cincuenta metros de distancia, avanzaba en grandes nubes hacia la playa. La fila delantera de la multitud, inclinadas apenas las cabezas, miraba pasivamente las olas cada vez más grandes. La superficie del agua fosforecía con un intenso resplandor luminoso, vibrante y espectral, y en el aire gris las hileras de figuras inmóviles se destacaban como lápidas.

Oblicuamente delante de Pelham, a veinte metros de distancia, en la primera fila, había un hombre calvo, barbudo, de expresión meditativa y serena.

—¡Sherrington!

Pelham se puso a gritar. Involuntariamente alzó la vista al cielo y sintió que un deslumbrante punto de luz le quemaba las retinas.

A lo lejos la música de la feria de diversiones giraba en el aire vacío.

Luego, en una ola galvánica, todos los que estaban en la playa echaron a caminar hacia el agua. [FIN]